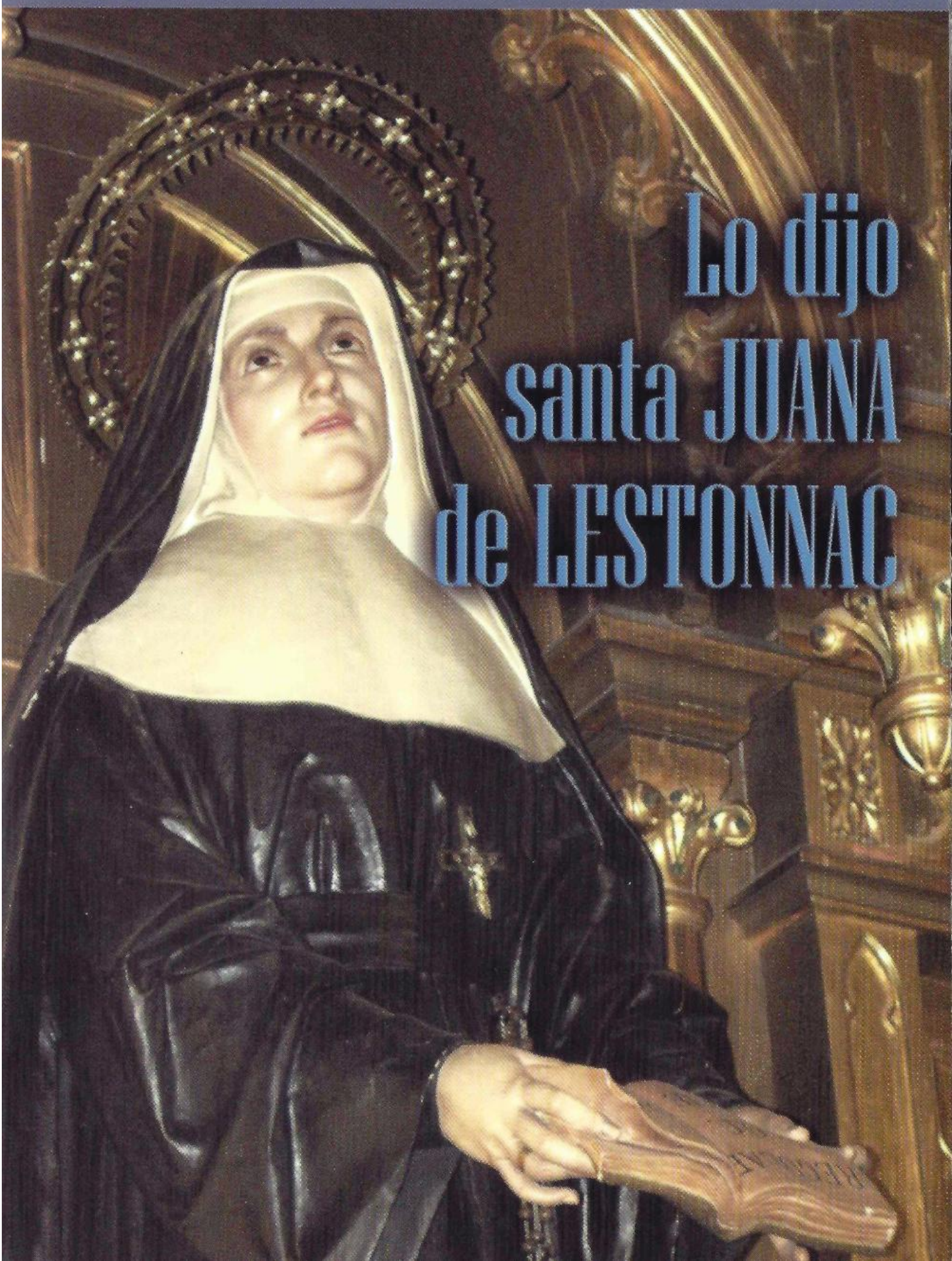


ML Patricia Vicenta, ONS y ML Beatriz Garayalde, ONS

Lo dijo santa JUANA de LESTONNAC





Lo dijo
Santa Juana
de Lestonnac



ÍNDICE

Introducción.....	2
Biografía de Santa Juana de Lestonnac.....	4
1. De la devoción a la Virgen María.....	5
2. Otras devociones de la Santa Madre.....	10
3. Amor a la Iglesia de Jesucristo.....	13
4. Búsqueda de la voluntad de Dios y fidelidad a ella.....	15
5. Amor a la Cruz.....	19
6. Celo por la salvación de las almas.....	23
7. Amistad en el Señor. Juntas hacia el Cielo.....	27
8. Virtudes sólidas.....	30

INTRODUCCIÓN

Juana de Lestonnac es el modelo de mujer contemplativa en la acción. En las primeras orientaciones que dio a Juana y a sus compañeras, el P. de Bordes, jesuita que le ayudó en la fundación de la Orden de Nuestra Señora, les animaba a ser mujeres llenas de Dios para darse a las almas: *“No es suficiente para vosotras perfeccionar vuestra vida interior y cultivar una honda y sentida devoción; se os llama a la santidad y a la misión de los apóstoles.(...)Como existe en la Iglesia una nueva Orden de hombres apostólicos bajo el nombre y estandarte de Jesús, así vosotras formaréis también una milicia religiosa bajo el estandarte de Nuestra Señora (...) los ejemplos de vuestras virtudes serán más eficaces que todas vuestras palabras”*.

Así quiso que los miembros del Instituto que Dios le destinaba a fundar, “no llevaran solamente una vida retirada y dedicada a la contemplación, sino además una vida de acción y de trabajo, conforme a lo que decía Santo Tomás: *“Es más iluminar que solamente lucir, es más hacer partícipes a otros de lo contemplado que contemplar únicamente”*.

Nadie puede dar de lo que no tiene. Juana de Lestonnac sabía que su apostolado fructificaría en la medida de su unión con Dios, primero en la oración, viviendo en la presencia del Señor en cada momento del día. Sea cual fuere la tarea realizada, Juana de Lestonnac trataba con Dios, viéndole en sus hermanas, en las niñas, en los pobres y hasta en los menores detalles de la vida cotidiana.

Hoy, más que nunca, se hace muy necesario que los hombres y mujeres del siglo XXI aprendan a ser contemplativos en la acción: que en los avatares de cada día, cuando estén envueltos en las preocupaciones y dificultades diarias, se centren en Jesús. Sólo de Él procede toda la fuerza y toda la gracia para que nuestro trabajo dé fruto. Como María y José, en Nazaret, que sepamos estar muy atentos a Jesús en todos nuestros quehaceres.

Grandes ejemplos de singular virtud tenéis en la vida de esta Santa para tomarlos como modelo a imitar. Pueden las jóvenes en su temprana edad contemplar con veneración su pureza; pueden las esposas y las madres admirar en su matrimonio la fidelidad, modestia, integridad y empeño sumo en educar a sus hijos; y los que se dedican a la enseñanza y al cuidado de los enfermos aprendan de ella aquel modo recto e infatigable de orar.

Y siempre bajo la mirada atenta de la Señora. También Juana, como su patrón, el Evangelista, la tomó por Madre y la recibió en su Casa, pues sabía que en la Escuela de María era donde mejor podía conocer, amar y seguir a Jesús

Dios tenía para ella otros caminos más amplios que el de su sola salvación personal. Quería servirse de ella para la salvación y la santificación de muchas almas. Era preciso fundar una Orden

religiosa que tuviera esta misión a cumplir. Sus hijas deberían unir a la vida contemplativa la de la instrucción y la educación. La Orden nueva sería la de las Hijas de Nuestra Señora, entregada a su servicio y al culto de su Inmaculada Concepción. Las niñas serían consagradas a María en el misterio de la Presentación. También para las educandas María sería el modelo más cercano.

BIOGRAFÍA DE SANTA JUANA DE LESTONNAC

Santa Juana de Lestonnac, fundadora de la Orden de Hijas de María Nuestra Señora, nace en Burdeos en 1556, año en el que, providencialmente, muere en Roma San Ignacio de Loyola, fundador de la Compañía de Jesús. De noble familia bordelesa, es asimismo, sobrina de un ilustre humanista de su siglo, Miguel de Montaigne. Su padre, Ricardo de Lestonnac, es un ferviente católico, mientras que su madre, Juana Eyquem de Montaigne, se hace calvinista e intenta por todos los medios atraer a su hija hacia la herejía. Pero, desde su niñez, Juana guarda con toda la pureza de su alma su vida interior, practicando la oración y la mortificación, y cultivando todas las virtudes. Ante la falta de afecto de su madre, se acoge a la Virgen María, en la que encuentra su mejor modelo.

Aún adolescente, escucha en su interior: *“Hija mía, ten cuidado de no dejar apagar esa llama que he encendido en tu corazón y que te impulsa con tanto celo a mi servicio”*, y siente deseos de entregar toda su vida a Dios. Pero, a causa de la situación relajada de los conventos, su padre no le permite abrazar la vida religiosa. Así, a los 17 años se casa con Gastón de Monferrant.

Durante veinticuatro años continúa cultivando su vida interior, y se dedica al cuidado de su esposo y de sus siete hijos. Tras un feliz matrimonio, a los 41 años queda viuda después de haber sufrido la pérdida de su padre y de su tío Miguel. Ve entonces el momento de entrar en religión e ingresa en el monasterio cisterciense de las Fuldenses de Tolosa. Sin embargo, cae gravemente enferma y debe salir. La última noche tiene la visión del Infierno, en la que ve cómo las almas de las jóvenes caen al fuego eterno y piden que alguien les tienda una mano.

De nuevo en el mundo, Juana busca incansable la Voluntad de Dios y comprende la necesidad de fundar una Orden dedicada a la juventud femenina, que una el espíritu monástico y el apostolado.

Pronto encuentra apoyo en los jesuitas Padre Raymond y Padre De Bordes, que descubren en ella a la elegida por Dios para realizar la fundación.

Santa Juana reúne a las que serán, con ella, las primeras Hijas de Nuestra Señora: Serena Coqueau, Margarita Poyferre, Isabel de Maissonneuve y Magdalena Landrevie.

Por fin, el 7 de abril de 1607, el papa Paulo V aprueba la nueva Orden con el Breve *“Salvatoris et Domini”*. El 1 de mayo de 1608 toman el hábito y, no sin dificultades, el 8 de diciembre de 1610 hacen los primeros votos.

Ante todos los sufrimientos de su vida, la Santa encuentra en la Cruz del Señor su apoyo y su fortaleza. Dios no se deja vencer en generosidad, y Juana conoce en vida 30 nuevas fundaciones en Francia.

En 1638 se imprimen las Constituciones, adaptadas de las de la Compañía de Jesús, y dos años después, el 2 de febrero de 1640, rodeada de todas sus hijas, muere, pronunciando sus ultimas palabras: “Jesús, José y María”.

Beatificada el 23 de septiembre de 1900, el 15 de mayo de 1949 el papa Pío XII la proclama Santa.

1

DE LA DEVOCIÓN A LA VIRGEN MARÍA

El camino interior de Santa Juana de Lestonnac está fuertemente marcado por su amor ferviente hacia la Virgen María. Este amor fue creciendo en ella desde su infancia. Cuando todavía era muy pequeña, ante la falta de afecto de su madre, recién convertida al Calvinismo, pidió a la Madre de Dios que también fuera su Madre. Y, en efecto, Ella fue la que guió a la joven Juana por los caminos de la gracia, haciéndola comprender que desde su infancia había sido su hija predilecta. Como fiel hija suya, la tomó por modelo de esposa y de madre, preparándose, providencialmente, para ser la Madre de tantas almas que el Señor le tenía encomendadas en la Orden de Nuestra Señora.

De hecho, la Orden de Nuestra Señora, fundada por Santa Juana, nació en la Iglesia, entre otros motivos, para restablecer en los corazones la devoción a la Virgen, reparando el daño causado por la herejía calvinista.

LO QUE DIJO E HIZO

Con su palabra y con su ejemplo, Santa Juana de Lestonnac nos ha dejado las bases sobre las que aumentar la devoción a la Virgen:

1.1. La verdadera devoción consiste en imitar a María

1.1.1 La imitación de María está presente ya entre los consejos que da a sus primeras hijas. Para ella era este el mejor medio de alcanzar la santidad, como lo señala en la carta que escribe a la Señora de Cruzy y a sus compañeras, quienes formarían el convento de Beziers, primera fundación de la Santa en 1616: “El modelo según el cual desean formarse en la santidad, es demasiado digno para imitarse, y su petición demasiado justa para rechazarla. A todas las mujeres, Dios les propone ese ejemplo; en particular, a esta Orden que Él ha querido dedicada a la Madre de las Vírgenes. Su principal ocupación es imitar sus dones, virtudes, considerándola como la más perfecta de todas las criaturas”.

1.1.2 Este espíritu mariano no será abandonado por Santa Juana en las cartas destinadas a sus hijas, así por ejemplo, en la enviada en 1637 a su sobrina e hija en religión, María de Poncastel, escribe: “Te recuerdo muy en particular, y ruego a Dios que os haga a todas según su corazón, verdaderas hijas e imitadoras de las virtudes de su Santa y Sagrada Madre. Ella es el verdadero modelo que debemos tener ante los ojos en todas nuestras acciones, para hacernos perfectas”.

1.1.3- Ella que nunca olvidaba a su Madre del Cielo, de la que tantos favores había recibido, no cesaba de repetir: *“Seremos hijas predilectas de la Santísima Virgen si nos distinguimos en profesarle un intenso amor imitando al mismo tiempo sus virtudes. Acordaos que Ella, nuestra Madre y Maestra, guardó en su corazón todas las palabras que salían de la boca de su Hijo Santísimo, y a su ejemplo nos pide la puntual observancia de nuestras reglas”*.

1.1.4 Por supuesto, con esta imitación mariana no sólo las monjas alcanzarían la santidad, pues Santa Juana sabía que este era un arma eficaz para conquistar las almas de las niñas y guiarlas en su santificación (más aún en aquellos tiempos de herejía calvinista) Por ello animaba a sus compañeras diciéndoles: *“La decisión manifiesta de honrar, amar, servir e imitar a la Santísima Virgen, sea el medio más poderoso con que os opongáis al error y rechacéis el mal, porque así el ejemplo de vuestras virtudes se convertirá en instrumento más eficaz aún que la misma enseñanza”*.

2. Ocupa el primer lugar en la Orden de Nuestra Señora

1.2.1 Santa Juana no se cansaba de recordar a sus religiosas: *“La devoción a la Santísima Virgen es el espíritu propio de nuestra vocación. Una Hija de Nuestra Señora jamás debe separar a María de su Hijo Jesús”*.

1.2.2 Esta devoción se anuncia en el mismo nombre del la Orden, que es consagrada por la Santa a la Inmaculada, haciendo así de Ella su Madre y Protectora.

1.2.3 Juana cuidó con delicadeza y amor que los primeros pasos del nuevo Instituto tuviesen lugar en fiestas marianas. Así, junto con sus primeras compañeras toma el hábito el 1 de Mayo de 1608, el primer día del mes dedicado a la Virgen. Los primeros votos los hicieron el 8 de diciembre de 1610, día de la Inmaculada Concepción.

1.2.4 La presencia de María no es sólo en los días señalados, sino también en el día a día de las religiosas, que rezan las tres partes del Rosario para asemejarse más a su Señora y mostrar la confianza plena en Ella con las letanías lauretan *Ora pro nobis*.

1.2.5 También la Santa quiere hacer llegar esta espiritualidad a las almas de sus colegialas, por ello, en agradecimiento al Señor por tantos favores recibidos, decidió consagrar a sus primeras alumnas a la Virgen. Para ello eligió el misterio de la Presentación de la Virgen María en el Templo e instituyó así para todos sus Colegios la fiesta de la Niña María.

3. Busca educar a las niñas como María

1.3.1 Al alentar a las religiosas de la nueva Orden en su labor educativa afirmaba: *“El espíritu de María no puede ser otro que el espíritu de Jesús. Y si Él se complacía en verse rodeado de niños, como nos dice el Evangelio, María, que es Madre suya y Madre nuestra, también se complacerá en el cielo viendo a sus hijas en la tierra rodeadas de niñas. Acordaos de que sois hijas de la Santísima Virgen, parte de un cuerpo que lleva su nombre, y haceos dignas de títulos tan gloriosos”*.

1.3.3 A la madre le llenaba de emoción ver cómo sus hijas trabajaban con gran celo para difundir entre las colegialas la devoción a María. Era tal el celo que tenían sus hijas en religión para que las niñas amaran a la Virgen, que un día María se lo recompensaría regalando el don de la vocación a una de las alumnas: Isabel Taussin. Esta era una de las primeras colegialas, que tras escuchar con atención las conferencias sobre la Virgen, siempre estaba dispuesta a ofrecerle actos y penitencias a su Madre querida. La Señora se complacía desde el Cielo y no se dejó ganar en generosidad. La niña la rezaba cada mañana, contemplando con ternura infantil una pequeña imagen suya, cuando percibió claramente estas palabras: “Hija mía, quiero que seas religiosa de mi Compañía...”. La respuesta de Isabel fue inmediata y la joven llegó a ser una fiel Hija de Nuestra Señora.

4. Quiere que aprendamos de la Madre del Señor su gran celo apostólico

1.4.1 Y para ello solicitaba ayuda a sus hijas diciéndoles: *“Yo os ruego que me queráis ayudar con vuestras oraciones a fin de que Jesucristo y su Madre Santísima sean amados en todas las criaturas”*.

1. 4. 2 Este celo se manifestaba, por ejemplo, en que ponía todo su empeño en enseñar a las niñas el modo de rezar el Santo Rosario y hacerles aprender de memoria las oraciones más devotas a Nuestro Señor y a Nuestra Señora.

5. Nos invita a tener plena confianza en Dios, a imitación de la Virgen María, cuya vida fue un “FIAT” continuando a la Voluntad del Padre

1.5.1 Sabiendo que contaba con el auxilio divino y con la intercesión de su Madre alentaba a sus hermanas religiosas: *“Sed valerosas en las dificultades, poned vuestra confianza en Dios y en Nuestra Señora, y estad seguras”.*

1.5.2 Ante las dificultades y problemas que surgían en el colegio y en las nuevas fundaciones aseguraba: *“Nada temamos de los malos, porque nuestros intereses están mezclados con los de la Santísima Virgen, Nuestra única y amorosa Madre. Tratemos solamente de hacernos dignas de la cualidad de ser hijas suyas”.*

A) AMOR A JESÚS EUCARISTÍA

Al compás de su devoción a la Virgen, creció también desde niña en el alma de Juana el amor a la Eucaristía. Su padre le contaba cosas preciosas de la Virgen, de Jesús escondido en la Hostia y ella esperaba con “divina impaciencia” el día de poder recibir a Jesús en su corazón y entregarse del todo a Él.

Pero el Señor quiso hacerla esperar y eligió un momento en el que la joven, ya de 12 años, necesitaba más que nunca ser fortalecida por el Pan de Vida. Había estado durante un tiempo en casa de su tío Tomás, convencido calvinista, donde “se bebía el veneno en copa de oro” y por ello, no se encontraba tan alegre y fuerte como antes.

En la parroquia de San Eloy recibió Juanita la primera Comunión. Pudo desahogarse con el Señor y prometerle fidelidad por todos aquellos que, tan amados por ella, le estaban negando. En adelante, la Eucaristía fue la devoción alentadora de su vida.

Y así como uno de los fines principales de la Orden de Nuestra Señora es la gloria de la Santísima Virgen, también se fundó esta Orden con el objetivo de restablecer a Jesucristo en los corazones y en los altares, de donde había sido expulsado por la herejía.

LO QUE DIJO E HIZO

2.a.1 Juana de Lestonnac, cada vez que fundaba una nueva Casa, quería que estuviera todo bien dispuesto para el Señor: especial cuidado en los adornos del altar, confección de los ornamentos para honrar a Jesucristo Eucaristía, frecuentes visitas al Santísimo y respeto hacia los ministros del altar. En ellos confiaba sus tesoros más amados: Jesús en el Sagrario y sus religiosas.

2. a. 2 El cuerpo y la sangre de Cristo habían de ser su amor, su refugio, su purificación: *“Amemos a Jesús cubierto de llagas por nuestro amor, y lavemos nuestras almas en la Preciosa Sangre que de ellas mana”.*

2. a. 3 En Jesús Eucaristía encontraba su único placer, y así hablaba a sus hijas: *“Si queremos disfrutar de todos los consuelos que se encuentran en el Pan de los Ángeles, es preciso privarnos de los de la tierra y renunciar a los placeres de los sentidos”.*

B) ÁNGEL DE LA GUARDA

Esta devoción particular de Santa Juana de Lestonnac también le viene desde su infancia, por haberla protegido contra los daños de la herejía.

Sabemos, por las confidencias que hizo a una de sus Hijas, M. Poyferré, que hablaba a menudo, con mucha familiaridad, con su Ángel de la Guarda y que siempre sentía su ayuda para llevar adelante sus trabajos. Tenía la costumbre de invocarlo antes de empezar cualquier obra, le pedía luz en las dificultades, y cuando llegaba a la ciudad donde iba a fundar, saludaba a su Ángel Tutelar. También saludaba a los Ángeles de sus Religiosas y les pedían se unieran a sus oraciones y cantos de alabanza al Señor.

C) ESPÍRITU SANTO

El amor que Santa Juana tenía al Espíritu Santo se vio correspondido por singulares favores en la oración. Un día, la portera del Monasterio, M. Susana de Briançon, fue a avisar a la Madre acerca de un asunto y la descubrió en su pequeño oratorio, de rodillas, ante una imagen de la Virgen, envuelta en una luz, con una paloma blanca sobre su cabeza. Era el Espíritu Santo que se complacía de su fiel esposa. Cuando la M. Susana entro en el cuarto, la Madre le dijo:

- “¿Qué os conduce aquí, hija mía? y ¿qué cambio tan singular advierto en vuestro rostro?
- Y yo, Madre, ¿qué es lo que advierto en vos...? y ¿de qué he sido testigo...? He visto al Espíritu de Dios reposar sobre vuestra cabeza, batiendo dulcemente sus alas, y aún irradia vuestro semblante un fulgor misterioso”.

D) S. JUAN EVANGELISTA

Es muy probable que Juana de Lestonnac naciera el día 27 de diciembre, fiesta de San Juan Evangelista y que por tanto, desde niña le tuviera como patrón e intercesor en el Cielo.

Por su parte, el discípulo amado del Señor no dejó de conceder favores a la santa a lo largo de su vida, sobre todo ayudándole en los primeros pasos de la fundación de la Orden.

De hecho, cuando los Padres de Bordes y Raymond (SS. JJ.), celebrando la santa misa, pedían a Dios conocer su voluntad respecto a la fundación de la nueva Orden femenina, que también les había sido inspirada, se les aparecieron San Pedro y San Juan señalando a la Santa como mujer elegida por Dios para llevar a cabo su obra.

En otra ocasión, cuando Santa Juana esperaba la repuesta del Papa acerca de la aprobación de la Orden, fue San Juan quien le aseguró que el Breve de Aprobación acababa de ser concedido.

Y es que, el discípulo que tomó, a los pies de la Cruz, a María por Madre, no podía dejar de interesarse en la Orden de las Hijas de Nuestra Señora.

De S. Juan, que aprendió a descansar en el pecho de Cristo, también tomaron Santa Juana y sus Hijas la devoción al Sagrado Corazón, poniéndole como protector de toda la Orden. “El espíritu

de Ignacio es el espíritu de Juan”, dijo en una ocasión Santa Magdalena de Pazzis, por tanto, el espíritu de las Hijas de Nuestra Señora es también el de Juan, y así, el espíritu del Corazón de Jesús.

3

AMOR A LA IGLESIA DE JESUCRISTO

Como fiel hija de San Ignacio de Loyola, Juana profesó a lo largo de toda su vida un sincero y filial amor a la verdadera Iglesia de Jesucristo. Ella, que tanto había sufrido ante el influjo de la herejía calvinista en su propio hogar, cuando trazó el proyecto de la Orden buscó en primer lugar ponerla al servicio de la Iglesia. Siempre manifestó su plena sumisión a la jerarquía eclesiástica, especialmente con la gozosa dependencia de los Ordinarios del lugar. La Santa supo vivir y hacer vivir a sus hijas aquel *sentire cum Ecclesia* trazado por el espíritu de San Ignacio.

El Papa Pío XII, con ocasión de la canonización de Santa Juana, el 15 de Mayo de 1949, exhortó a sus Hijas a seguir educando a las almas en la fidelidad a la Santa Iglesia: “También hoy la herejía, y más aún, la irreligión, ataca a la Iglesia, socava los fundamentos de toda la sociedad, las bases de la familia, los principios de la instrucción y de la educación cristiana o simplemente moral. Educad, pues, a la juventud en la inquebrantable adhesión de la voluntad, del corazón, del espíritu de la Iglesia de Cristo, en la inalterable, filial y sólida devoción hacia Aquella que triunfó y que siempre triunfará de todos los errores”.

LO QUE DIJO E HIZO

3. 1 En la carta que en 1608 Santa Juana escribe a sus primeras compañeras, aquellas que la ayudaban en sus obras de caridad y que serían las primeras piedras de la Orden, ya se pone de manifiesto su amor a la Iglesia: *“Apresurémonos, mis queridas Hijas, y unamos nuestras fuerzas para socorrer a la Iglesia en cuanto seamos capaces”.*

3. 2 Cuando alentaba a sus hijas a la perfección, lo hacía con amplitud de miras, no olvidando que este camino de santidad se recorre dentro de la Iglesia: *“No es suficiente para vosotras perfeccionar vuestra vida interior y cultivar una honda y sentida devoción, se os llama a la santidad y a la misión de los apóstoles”.*

3. 3. En otra ocasión, recordando a los primeros cristianos, aseguraba: *“La historia de los primeros siglos de la Iglesia está llena de ejemplos apropiados, que debéis imitar, para reavivar el brillo de la vida religiosa y para reparar las pérdidas de la Iglesia (...) Esa es vuestra vocación. Habéis sido escogidas para renovar la Iglesia que estas ilustres heroínas fundaron con los apóstoles”.*

4

BÚSQUEDA DE LA VOLUNTAD DE DIOS Y FIDELIDAD A ELLA

Se suele decir que un santo nunca llega solo al Cielo, sino que va acompañado de otros santos. El Señor une sus corazones y los inflama en un mismo ideal: así, San Ignacio de Loyola y San Francisco Javier; San Francisco de Sales y Santa Juana de Chantal, Santa Margarita María de Alacoque y San Claudio de la Colombier, Beata Teresa de Calcuta y Juan Pablo II...

Juana en su adolescencia ardía en deseos de parecerse a Teresa de Jesús, aquella mujer española cuya fama de santidad había rebasado los Pirineos. Quería conocerla, tomarla por maestra y descubrir y amar la voluntad de Dios.

Un día, mientras estaba en oración, pidió al Señor conocer su voluntad con respecto al estado de vida que debía aceptar para mejor servirle. Entonces, escuchó la voz de Dios que le decía: “Ten cuidado, hija mía, de no dejar extinguir el fuego sagrado que he encendido en tu corazón, y que te impulsa con tanto ardor a mi servicio”.

La joven comprendió que Dios la quería para sí, y resolvió ser sólo para Él. Sin embargo, la situación de la vida religiosa en Francia (unos conventos muy relajados, y otros demasiado austeros), le hizo comprender que la voluntad de Dios en ese momento era que contrajera matrimonio con Gastón de Montferrant.

Juana, abandonada en manos de la Virgen le encargó que mantuviera intacto el fuego del amor hacia Jesús.

Y así lo hizo, pues, a la muerte del Barón de Landirás, continuó buscando la voluntad de Dios y entró en las Fuldenses de Tolosa, tratando de recuperar el tiempo perdido en el mundo para ser fiel a su vocación.

Pero los caminos de Dios no son los caminos de los hombres, y cuando aún no llevaba Juana mucho tiempo en el convento, enfermó debido al rigor de la Regla. Sus superiores comprendieron delante del Señor que lo mejor para ella sería abandonar el Monasterio.

La noche antes de salir la dedicó a la oración pidiendo luz a Dios para conocer sus senderos. Era ésta la hora que el Señor tenía pensada desde toda la eternidad para hacerla ver su plan amoroso sobre ella. Juana de Lestonnac respondió siempre como María, “Hágase” a la voluntad de Dios.

LO QUE DIJO E HIZO

4.1 Ante la voluntad divina en cada momento, rogaba así en su oración: *“Hágase Señor, en mi vuestra santísima voluntad, que no debe ser la esclava mejor tratada que su Señor. No consultéis mis deseos ni mis repugnancias. Quiero todo lo que Vos queráis: el consuelo o el*

padecimiento, la vida o la muerte. Todo me es igual, con tal que yo os ame, sirva y glorifique, que yo sea vuestra, y que Vos sedáis mío”.

4.2 Esta aceptación del gusto de Dios brota del saberse pequeña ante la grandeza y gratuidad divina, por ello aseguraba a sus hijas: *“La vida que tengo no es mía, y así, si Dios la quiere, se la daré gustosa. A Él le pido tres cosas: que me haga desconocida y despreciada del mundo, que me de espíritu de oración y me haga amarla, que me conceda fidelidad a la gracia y a las inspiraciones de Espíritu Santo”.*

4.3 El deseo de fidelidad a la gracia le llevaba a exclamar: *“¡Doy gracias al Todopoderoso, Autor de todo el bien que hacemos, por darnos el movimiento y la acción, según su santa voluntad, si nos dejamos conducir por los impulsos de su divino Espíritu!”.*

4.4 Buscar a Dios, por quien, como aseguraba Juana, *“nunca se hace demasiado para servirle bien”, es otro de los consejos a sus religiosas, a quienes animaba diciendo:* *“Aunque todo el infierno se oponga a una obra, si la gloria de Dios y el honor de su Madre lo exigen, no debemos nosotras retroceder ni desmayar y cuando no pueda obtener la victoria sobre los demás, procuraré obtenerla sobre mi misma, sacrificando a Dios aún los mas puros y santos afectos”.*

4.5 Al vivir las contrariedades, la búsqueda de la voluntad divina era mayor en el alma de la Santa: *“Cuando el Señor dispone las cosas de otro modo que el deseado por nosotras, debemos decir: Señor, me resigno a vuestra voluntad. Vuestra soy; por eso, disponed de todo lo que me toca como os plazca; Yo no quiero milagros, ni razones, ni evidencias que me prueben la verdad de vuestros misterios; ¡Creo, Señor!”.*

4.6 En una carta a Isabel de Cruzy, manifiesta su pesadumbre por no poder acudir personalmente a la fundación de Beziers. Santa Juana nos da ejemplo al escribir: *“Mucho lamento que mis enfermedades me priven del consuelo prometido en su compañía. Hay que acatar la Divina Voluntad que dispuso las cosas contra mis inclinaciones y contra la palabra asegurada”.*

4.7 No sólo busca la voluntad de Dios para ella misma, sino que quiere que sus hijas permanezcan también fieles a los designios divinos. Así lo expresa, de nuevo, en su correspondencia con la Señora de Cruzy: *“Todos los días pido al Señor con oraciones especiales le conceda la virtud de la perseverancia en su santa vocación, y le haga la gracia de entregarse a Él por medio de los santos votos de la Profesión, después de la cual, su Bondad Infinita, le hará sentir mas contento que nunca. No le extraña si le cuesta algún trabajo llegar hasta ahí. El salario y la recompensa serán más abundantes, cuanto sea más generosa con su Divina Majestad y su Santa Madre. Ella le reservará la corona que su Hijo le prepara, si consigue la victoria por su Amor”.*

4.8 A las fundadoras del Monasterio de Toulouse, ciudad en la que Juana saboreó la cruz en un primer intento de fundación, escribe en estos términos: *“Espero de la misericordia de Dios que, como yo sembré con lágrimas, cosecharéis vosotras con alegría, y que Toulouse no sea, como fue para mí, una tierra estéril y abundante sólo en aguas de contradicción, sino que recojáis frutos de honor y gracia. Sin embargo, si la Divina Providencia deseara otra cosa, debéis aceptar sumisamente ese trato merecido que os asemejará a vuestra Madre, y os hará comprender nuestra inutilidad para llevar adelante la obra de Dios. De esa Bondad Soberana debemos esperar el éxito y la recompensa de nuestros trabajos”.*

4.9 Emplea los últimos años de su vida (como lo hizo S. Ignacio) en redactar ella misma las Constituciones de la Orden y ve en ello la voluntad del Señor, por ello escribe a una de sus hijas y primera compañera en la fundación: *“Mi edad no me permitirá vivir mucho. Emplearé el tiempo que Dios me conceda en acabar y afirmar esta obra que toda la Compañía me pide... No se olvide de pedir que rueguen a Dios por este asunto, para que agrade a la Divina Majestad y lo dirija su Santo Espíritu”.*

4.10 A su sobrina, María de Poncastel, Religiosa de la Casa de Poitiers, la alentaba en una ocasión: *“Corresponde a estos designios de su Providencia y Bondad con todas tus fuerzas, haciéndote fiel, y aplicándote constantemente a hacer progresar su gloria. Que este sea el fin y objetivo de todos tus deseos. Puedes estar segura que por este medio atraerás sus gracias y bendiciones. Si quieres que aumente el afecto que siempre te he tenido, procura agradecerle y servirle con toda la intensidad de tus fuerzas”.*

5

AMOR A LA CRUZ

La Santa de Burdeos quiso imitar también a la de Ávila en su amor por Cristo Crucificado.

Santa Teresa al contemplar a aquel Cristo muy llagado se sintió movida a un mayor amor y a una mayor entrega, Santa Juana tuvo la gracia de comprender lo que el Señor había padecido por salvar las almas.

Por ello todo padecimiento le parecía poco en comparación con la Pasión y muerte del Maestro.

Bien pudo decir con el Apóstol: “Para mi la vida en Cristo y una ganancia el morir”. Si Santa Juana se gloriaba en algo, era en la Cruz de Jesucristo. En sus meditaciones ante el Crucificado se dio cuenta de que ella podía colaborar con Él haciendo que no se perdiera la sangre de su Divino Esposo.

Por eso, para ella las ocasiones de padecer eran motivo de gozo interior, pues así se unía con Jesús en mayor intimidad.

A lo largo de toda su vida el Señor quiso que fuera su Cirinea, pero sin duda donde más resplandeció su virtud fue ante aquella hermana que por envidia comenzó a calumniarla y que, llegando a ser su superiora, la hizo pasar por las más penosas humillaciones y menosprecios. Sin embargo, Santa Juana, lejos de rebelarse contra la Voluntad Divina, se abrazó a su Cruz para llegar hasta el Calvario y crucificarse con Cristo.

LO QUE DIJO E HIZO

5.1 Habla de esta manera a Isabel de Cruzy, quien sufría la cruz de la enfermedad:

“Nuestra Hermana Magdalena, en su carta, me dice que Vd. ha estado muy mal toda esta temporada, mucho peor que de ordinario, lo que siento tan profundamente que, a pesar de las mías, si mis deseos fueran posibles, de buena gana pediría a Dios la mitad de las suyas para aliviarla. Pero en eso conozco cuanto le ama Dios, ya que no quiere separarle de su cruz. Ánimo, pues, mi querida Hermana. Llevémosla, usted y yo, constantemente con Él, ya que nos hace la gracia de llamarnos en su seguimiento, que es el mayor favor en esta vida, si lo hacemos por amor. Juntas, querida Hermana, alegrémonos con nuestro Señor que ha caminado delante de nosotras con su cruz, bien pesada, sobre sus hombros sagrados, para animarnos a llevar la nuestra en pos de El, con la firme esperanza y consolación de que nuestros trabajos no son nada en precio de la alegría y regocijo que nos espera al final de esta vida”.

5.2 Tratando sobre su propia enfermedad decía al final de sus días: *“En cuanto a mi estado de salud, la edad que tengo no me trae mas que enfermedades, de las que, por la gracia de*

Dios, estoy tan bien provista, que no me faltan ocasiones de ejercitar la paciencia. Si tengo un día bueno en la semana, los demás me dan trabajos. Tengo siempre una fiebre lenta, que me va minando poco a poco, lo que me ayuda a esforzarme siempre por hacerme digna de ir a Dios, sin pensar en nada más. Deseo, mi querida Hija, que me ayudes con el socorro de tus oraciones”.

5.3 Siempre compresible, aconseja a sus hijas el sí ante la cruz. Así escribe a Margarita de Poyferré: *“Le ruego, que evite el parecer inmortificada en lo que toca a sus necesidades, por el respeto debido a Dios, a la Santísima Virgen y al buen olor de su Orden.*

Al llegar, dijo usted algunas palabras que se podrían interpretar como de buscarse un poco a si misma. Todo se nota. Tómelo con paciencia. Espere en Dios que remediará su sufrimiento, Cuando la vea sometida a su Voluntad.

Sea valiente ante las inevitables dificultades que se presentan en la vida. Ponga su confianza en Dios y en el favor de Nuestra Señora. Manténgase firme bajo su protección. Sobre todo, no profiera queja alguna, pues perdería todo el mérito, si no sufriera algo por el amor de Dios, que pasó tantos trabajos hasta sucumbir bajo su peso y morir por darnos la vida.

¡Le podría recordar el cuartito donde viví 18 meses en el Espíritu Santo, y todas las penalidades que he sufrido allí! Demasiado bien estamos para ser siervas de Dios y de Nuestra Señora, y no debemos pretender más que cruces en todas partes, si queremos verdaderamente llegar a poseer la corona prometida a los que siguen sus ejemplos”.

5.4 Ante las dificultades y el esfuerzo que conlleva toda fundación animaba a las religiosas que marchaban a Toulouse: *“Espero de su misericordia que, como yo sembré con lagrimas, cosecharéis vosotras con alegría, y que Toulouse no sea, como fue para mí, una tierra estéril y abundante sólo en aguas de contradicción, sino que recojáis frutos de honor y gracia”.*

5.5 Santa Juana sabía que en la vida religiosa el Esposo cede parte de su cruz a la esposa, pues como ella misma decía *“Los padecimientos son gran señal de predestinación”.* **Así animaba a una de sus hijas a no abandonar este sendero a pesar de los posibles temores:** *“Sigue, pues, en este santo camino, adelantando sin cesar y sin tregua. Que cuando el Esposo Divino venga a buscaros, no encuentre nuestra lámpara sin luz. Para evitar esta desgracia, ten mucho cuidado que ninguna dificultad que te surja en el camino de la virtud te retrase, haga perder valor, ni te lleve a la relajación. Acuérdate que estas ocasiones trabajosas son las que testifican nuestra fidelidad al Señor”.*

5.6 Juana siempre recordaba ese carácter de *viacrucis* propio de su vida de esposas del Crucificado: “¿Cómo podremos merecer el título de esposas de Jesucristo, si no nos unimos en el alma y en el cuerpo con su Sagrada Pasión?, ¿Ha podido nuestro corazón romper con todo lo del mundo, y se han de estremecer nuestros hombros al imaginario peso de una cruz en la vida religiosa?” **E infundía ánimo para perseverar en la vocación:** “Pues estamos ciertas de que Dios nos ha llamado, sigámosle; aunque este sembrado de cruces nuestro camino”.

5.7 Estas frases brotaban de su trato íntimo con el Señor, del cual decía: “Debo a Dios la gracia de tener clavada mi alma en la Cruz de mi Esposo, y de traerle siempre crucificado delante de mis ojos”. **También esto lo quería para sus hijas:** “Vivamos crucificadas con Jesucristo y muramos en su misma Cruz”.

5.8 De nuevo recordando los Ejercicios de San Ignacio y su meditación del Rey Eterno exclamaba: “¡Vale mas morir en la batalla que volver ignominiosamente la espalda al enemigo!”.

5.9 Postrada ante la cruz, la santa miraba de forma sobrenatural todo: “Los desprecios que se me hacen son regalos del Señor, ocasiones de merecer, y medios que Dios me presenta para expiar mis pecados”.

“No merezco que mis afectos sean solamente penas, como quisiera; sino que de estas nace en mi corazón un indecible gozo”.

“Pase yo por tantos desprecios como puedan idear los hombres, pues cuanto en el mundo me una más con Jesús, tanto seré menos indigna de la cualidad de esposa suya”.

“Cuando no pueda obtener la victoria sobre los demás, procuraré obtenerla sobre mí misma, sacrificando a Dios aún los más puros y santos afectos”.

5.10 Esta cruz, como hemos dicho, era sentida de forma más cercana en la religión: “No seamos cobardes, pues aunque los rigores de la religión nos hicieran perder la vida, ¿Qué haríamos por Dios, que Él no haya hecho primero por nosotras? y ¡qué poco debe pesar en la balanza de un alma religiosa cualquier cruz, sirviéndole de contrapeso una eternidad de gloria!”. **También repetía:** “Jesús fue víctima de nuestro amor en la Cruz del Calvario. Seámoslo nosotros del suyo en la vida religiosa”

5. 11 A la Madre de Lestonnac se le hacía pequeña su cruz mirando a la del Crucificado: *“Lo que aquí llamamos rigurosa penitencia, desprecios y desatenciones, no es sino corta satisfacción de nuestros pecados y regalos del Señor que, si no los malogramos con nuestra inmortificación, se nos convertirán en corona de gloria en el cielo, por ello, debemos comprar las ocasiones de sufrir, pues a un instante de pesar se sigue una eternidad de gloria”.*

5.12 En las dificultades vividas antes de su profesión escribía al Cardenal de Sourdis: *“La señal más cierta de la solidez de una virtud, y el más seguro presagio de los grandes bienes que Dios tiene que sacar de ella, son las contradicciones que se levantan para derribarla”.*

5.13 Ante Cristo en la cruz “cubierto de llagas por nuestro amor” exclamaba: *“¡Amemos a Jesucristo muriendo por nosotras, permanezcamos al pie de la Cruz acompañando a su Madre y a San Juan, y lavemos nuestras almas en la Sangre del Cordero!”.*

Vimos en el capítulo anterior el deseo de la joven Juana, en su adolescencia, de parecerse a Teresa de Jesús. Como ella, estaba dispuesta a dar gustosa mil vidas, por la salvación de una sola alma. Este celo no se apagó nunca sino que se fue avivando a lo largo de su vida. Como madre de familia su primordial preocupación era la de llevar las almas de sus hijos y de su esposo al Señor, por medio de María. Pero, sin duda, el momento decisivo en el que Juana se vio elegida como instrumento de Dios para colaborar con Él en la Redención, sucedió durante su estancia en el Monasterio de las Fuldenses. La noche antes de salir tuvo la visión del infierno en la que vio como las almas de las jóvenes caían y suplicaban que alguien les tendiese una mano. Al mismo tiempo, contempló las grandezas de María y comprendió que la Madre, la Corredentora con Cristo, solicitaba su ayuda para luchar en su empresa. El corazón de Juana estaba inflamado en las ansias redentoras del Corazón de Cristo, compartía su sed, y lucharía sin tregua en el campo de batalla, para hacer que las almas de las niñas no se perdieran. Pero su celo iba más allá.

La Orden de Nuestra Señora, fundada por ella, estaba destinada a renovar la vida religiosa, y a hacer así que sus Hijas trabajen con generosidad por su propia santificación, tomando por modelo y protectora a la Virgen María.

LO QUE DIJO E HIZO

6.1. En la citada carta que Santa Juana escribe a sus compañeras en las obras de caridad, que serán sus primeras hijas en la Orden, les dice: *“Espero, con la gracia de Nuestro Señor, que los sentimientos tan hermosos que, para un mismo fin, enlazan nuestros corazones, no sean estériles y que, juntas en un retiro, los haremos fecundos, atrayendo y aumentando el número de las esposas de Jesucristo. Este fin consiste, queridas Hijas, en trabajar no sólo en la perfección personal sino también en servir al prójimo para su salvación, y en ayudarle a adquirir las virtudes cristianas”.*

6.2. En la misma carta, más adelante, prosigue: *“Cuántas personas se pierden por no instruirlas desde su infancia en los deberes esenciales y en los principios de la Religión cristiana. Y cuántas jóvenes viven en la ignorancia, de la que se resienten toda su vida o van a beber en el error, del que con dificultad se desprenderán, en fuentes envenenadas y tal vez lo comuniquen a otras. Atraigamos a tantas criaturas del Redentor que se pierden, y llenémonos de las luces de la Divina Sabiduría por la oración y los ejercicios de piedad, para enseñar a los otros las verdades de la fe y las máximas de la salvación”.*

6.3 Siempre tuvo claro que la salvación de las almas, la educación de las niñas, era el principal fin de la Orden, por ello, años después su fundación repetía a sus hijas: *“La enseñanza de las niñas es el fin principal de nuestro ministerio, y todo lo que nos aparte de ella se debe calificar de mal espíritu. Así pues, no debe tenerse por hija verdaderamente digna de esta Orden quien no estuviese muy firme en este dictamen.*

Sólo por esta razón, cuando otras nos obligasen, nadie ha de haber en esta Orden que se niegue a la enseñanza de las niñas.

Vivid muy advertidas en esto, porque puede ser que Satanás se transfigure en ángel de luz y os persuada con pretextos de mayor retiro y trato con Dios a que os apartéis de un ejercicio por su naturaleza molesto, que es cruz muy pesada, como os lo enseñará la experiencia.

¡Cuántas almas podemos salvar nosotras, que sin nuestro auxilio quedarían sumidas en la ignorancia o aprenderían lo que siempre deben ignorar! Es verdad que nosotras sólo instruimos a las niñas, pero esta es la edad de la docilidad en que las impresiones se graban en el alma de un modo indeleble. Además, nuestras niñas dejarán de serlo con el tiempo, y con ellas habremos santificado a familias enteras”.

6. 4 No por ello olvidaba las dificultades que esto conllevaba y advertía: *“Nuestro ministerio será dificultoso; pero no será más que una parte de las austeridades que prescriben otras Reglas. El no ser nuestro trabajo de mucho lucimiento nos pone al abrigo de los ataques de la vanagloria. Muchas veces trabajaremos con niñas y personas desagradecidas; pero cuanto más puras sean nuestras intenciones y más perfecto nuestro desinterés, tanto más copiosa será la recompensa que recibiremos del cielo”.*

6.5 Aprende de San Ignacio a ser contemplativa en la acción, a estar atenta al Señor sin descuidar a las almas que Él le ha encomendado y a hacerlo todo siempre, a mayor gloria de Dios y de Nuestra Señora: *“Aprended a dejar a Dios por Dios, uniendo los ejercicios de la vida interior con los de la exterior, el recogimiento con las ocupaciones inherentes a la práctica de la caridad y celo de las almas. Con esto ejercitaréis el ministerio de la enseñanza sin derramaros al exterior; sino que, unidas interiormente con Dios, lo haréis de un modo digno de una religiosa”.*

6.6 Por supuesto, la Santa no se olvida de la Virgen, a quien le agrada la enseñanza de las niñas, al igual que a su Hijo: *“El espíritu de María no puede ser otro que el espíritu de Jesús.*

Y si Él se complacía de verse rodeado de niños, como nos dice el Evangelio, María, que es Madre suya y Madre nuestra, también se complacerá en el cielo viendo a sus hijas en la tierra rodeadas de niñas”.

6.7 Siempre atenta la Santa para con sus hijas, les escribía en una ocasión:
“Corresponded fielmente a los designios de la Divina Bondad, aplicándoos constantemente a fomentar su gloria, y este sea el objeto y fin de todos vuestros deseos.”

6.8 Exhorta a los miembros de la nueva Orden a que den buen ejemplo, pues el testimonio de la propia vida consagrada al Señor, es el mejor apostolado: *“Sed en todas partes el buen olor de Jesucristo, para que los que vean vuestros ejemplos glorifiquen a vuestro Padre celestial y amen nuestra santa Orden”.*

6.9 En todo momento pensaba en saciar la sed de Jesucristo, que “nos amó tanto, que murió para darnos la vida”, llegando a sentir Juana esa misma sed: *“Yo estoy sedienta del bien de las almas ¡Si supiérais, hijas mías, cuánto cuesta a Dios un alma sola! Desearíais con ansia consagrar vuestro talento y vuestra vida a este divino empleo”.*

6.10 Tal era su preocupación por la salvación de las almas que no escatimaba ningún esfuerzo en ello:

“Quisiera ir por todo el mundo a persuadir a todos los hombres que deberíamos morir todos por amor a Jesucristo”

“A todo estoy dispuesta por salvar a las almas que se pierden, y daría con gusto mi vida por la salvación de una sola. Muy gustosa me sacrificaría por el bien de todas en general y por el de cada una en particular”

“Id, hijas mías, a donde Dios os llama, para que en todas partes tenga Jesús, por vuestro medio, puras azucenas para sus jardines, finos diamantes para su corona y valientes soldados que, armados de celo, peleen por su gloria”.

“¡Ah, la salvación de un alma es de gran precio! Tened siempre hambre de esta espiritual comida”.

6.11 Encarecidamente pedía a sus hijas constantemente: *“Yo os ruego que me queráis ayudar con vuestras oraciones a fin de que Jesucristo y su Madre Santísima sean amados de todas las criaturas”.*

6. 12 En una carta la santa escribía a una de las religiosas: *“Comunique este espíritu, tal como lo recibió, y demuestre que lo posee, educando a las jóvenes, según sus máximas, para hacerlas llegar a la perfección de nuestro santo Instituto, en cuanto depende de usted”.*

6.13 Bien sabía que en esta labor contaban con el favor divino, por ello aseguraba: *“El medio mejor de atraer sobre sí las bendiciones celestiales es el ejercicio de la caridad con el prójimo”.*

“Este es mi precepto: que os améis unos a otros como Yo os he amado”, fueron las palabras de despedida del Señor en la Última Cena, en aquel ambiente de intimidad con sus discípulos. Juana de Lestonnac, meditando este mandamiento junto al Corazón de Jesús -como el discípulo amado lo había escuchado- quiso ponerlo en práctica cuando, antes de fundar la Orden de Nuestra Señora, un grupo de jóvenes se le unieron para acompañarla y ayudarla en las obras de caridad. Providencialmente, Dios se valió de este primer encuentro para hacer prender en sus almas el fuego de la vocación.

Con Santa Juana aprendieron a amarse y a amar a Jesucristo como su único Señor. También ellas escucharon de labios del Maestro: “Ya no os llamo siervos, a vosotros os llamo amigos, porque todo lo que sé de mi Padre os lo he dado a conocer”. Y así, siendo las amigas fuertes del Señor, nació entre ellas una amistad nacida del deseo de entregarse al mismo Dios.

Sabían que la santa preocupación por la salvación de las almas empezaba entre sus hermanas de comunidad, para de este modo tener todas un solo corazón y una sola alma. “Que todos sean uno para que el mundo crea”.

Santa Juana de Lestonnac supo ser la madre, amiga y hermana de todas sus Hijas. En sus cartas a algunas de ellas podemos ver la amistad que las unía y las hacía mirar a una misma dirección: JESUCRISTO.

LO QUE DIJO E HIZO

7.1 En la primera carta dirigida a las que se le unieron en la fundación de la nueva Orden, escribía Santa Juana: *“Espero, con la gracia de Nuestro Señor, que los sentimientos tan hermosos que, para un mismo fin, enlazan nuestros corazones, no sean estériles y que, juntas en un retiro, los haremos fecundos, atrayendo y aumentando el número de las esposas de Jesucristo”.*

7.2 A Isabel de Cruzy se dirigía en una ocasión mostrándole su aprecio: *“Estoy muy contrariada porque mis enfermedades me privan del consuelo de su virtuosa y buena compañía, pero la Providencia de Dios lo ha dispuesto así. Somos tuyas; dispone de nosotras según le place y hemos de aceptar su Voluntad”.*

7.3 Juana se preocupaba por la unión entre todas sus hijas, por ello les rogaba: *“Les pido, con todo empeño, la unión de corazones y la conformidad de sentimientos en la observancia exacta de nuestras Reglas. Tengan particular cuidado de conservar sus almas en paz y unión con Dios, que les facilitará con su amor, todas las dificultades. Pueden estar seguras que el afecto*

sincero que tengo por el bien general y particular de cada una es tan fuerte, que me sacrificaría de todo corazón por servirles a todas. Se lo demostraré por todos los medios que Dios de complazca concederme”.

7.4 A la citada Señora de Cruzy, con la que sabemos una fuerte amistad le unía, aseguraba: *“No creerá la dicha que siento al darme Dios tan buena y fiel compañía, como la suya, en este viaje. Acabémoslo, pues, juntas alegremente en el Señor. Le prometo que, si yo termino antes, no la olvidaré ante el Señor y Maestro, después de tenerle tanto afecto en Él”.*

7.5 Al marchar algunas religiosas a fundar a la ciudad de Toulouse, se despide de ellas: *“En fin, mis queridas hermanas, a quienes amo en Jesucristo, y mas que a mi misma: no olvidéis que sois hijas y siervas de la Santísima Virgen, y miembros de un Cuerpo recién formado. Esforzaos por haceros dignas de estos gloriosos títulos. Llenad vuestro nombre, y la esperanza de esta comunidad religiosa”.*

7.6 A M. Margarita de Poyferre, pidiéndole su parecer acerca de la impresión de las Constituciones, como consecuencia del desorden en algunas casas: *“No cedan fácilmente a los sentimientos de las que están causando desorden, al alterar nuestro Instituto. Esta diversidad, que en la inconstancia comienza a introducir, está causando la desunión entre nosotras. Vea, Hermana, a donde hemos llegado.*

Estoy resuelta a remediar este desorden, y como no veo medio más eficaz que el imprimir el Instituto, bajo la autoridad del Sr. Arzobispo, trabajaré sin cesar en esta empresa. Quisiera saber antes, lo que Vd. piensa. Somos las dos únicas que quedamos de las cinco primeras piedras vivas y fundamentales de nuestra Orden”.

7.7 Mostrando siempre su afecto de Madre hacia todas sus hijas, asegura a M. de Guérin: *“Me he esmerado en escribir de mi mano esta carta. No sé si será la última. Ruegue a Dios por mí. Esté segura, mi muy querida y amada hermana, lo mismo que todas mis buenas hijas, que siempre les daré pruebas de que soy y seré afectísima Madre y humilde sierva en Dios”.*

7.8 La caridad fraterna siempre fue aconsejada por la Santa: *“Hijas mías, amaos las unas a las otras. Guardad con todo cuidado este precepto, que arrebató el Corazón del Divino Maestro. No os encargo cosa con tanto encarecimiento como la caridad entre vosotras, la unión*

y conformidad de voluntades, siendo unas mismas en la exacta observancia de vuestras Reglas y en cualquier otra cosa, para conservar así vuestras almas unidas a Dios, por cuyo amor se os harán fáciles las cosas mas difíciles”.

8

VIRTUDES SÓLIDAS

A) FE:

Anteriormente hablamos del gran amor que Santa Juana profesó desde niña a la Iglesia Católica gracias a la influencia de su padre y de su tío, Miguel de Montaigne. Ellos fueron los que

la ayudaron a mantenerse firme en la fe católica, a pesar de su contacto con el calvinismo. Se estremecía al pensar en todas las almas que se perdían a causa de la herejía y buscaba la manera de contrarrestar las ofensas al Señor.

Una de las consecuencias de su ardiente fe era el mantener siempre su alma en la presencia de Dios y abandonarse confiada en su Divina Voluntad.

Así rezaba a su Señor:

“Creo, Dios mío, las verdades que habéis revelado a la Iglesia y estoy dispuesta a derramar mi sangre por defenderla. No pido milagros ni evidencias para someterme a ellas; vuestra palabra me basta. No seríais infinito si yo pudiera comprenderos. ¡Ay! si la desviada razón de la primera mujer creyó lo que halagaba su ambición y la condujo al pecado, ¿no es justo que yo crea lo que eleve mis pensamientos y santifica mi corazón? Sí, creo Señor, y prefiero la oscuridad de la fe a la evidencia, porque me sirve para merecer y para ejercitar mi obediencia y fidelidad”.

B) ESPÍRITU DE ORACIÓN: AMOR AL RECOGIMIENTO:

Momentos decisivos en la vida de los santos están marcados por un denominador común: en la oración, en lo escondido del alma, en lo secreto, el Padre les ha hablado al corazón y les ha comunicado Su Voluntad.

Así sucedió también en la vida de la Santa de Burdeos. Desde su infancia hasta su muerte, el Señor le fue haciendo ver sus designios en la oración. Fue aquí, donde el Señor prendió en su alma el ardor del celo apostólico; en la oración descubrió su vocación; en la oración comprendió la necesidad de fundar la Orden de Nuestra Señora y los medios de llevarla a cabo. Siempre estaba pronta a acudir a ella y descansaba en el Señor. Cuando era asaltada por alguna duda, sufrimiento o combate, recurría a la oración. Nada le impedía orar. También en los viajes dedicaba gran parte de su tiempo a “tratar de amor con Aquel que sabía le amaba”.

Y como fiel hija del Santo de Loyola, encontró en lo Ejercicios de S. Ignacio el medio mejor para progresar en la oración.

LO QUE DIJO E HIZO

8. b. 1 Convencida de que *“La Orden es fruto de la oración y no puede conservarse sino con la oración”* **advertía a las religiosas:** *“La oración es el espejo más fiel para conocer a Dios y conocerse a si misma. No os juzguéis dispensadas de ella ni por las tareas domésticas ni por las ocupaciones de la enseñanza. Estas cosas sin oración son cuerpos muy hermosos, pero sin alma”.*

8. b. 2 Así definía la M. de Lestonnac la verdadera oración: *“La buena oración no consiste en los gustos espirituales que buscan algunas almas de poco temple, porque prefieren las consolaciones de Dios, al Dios de las consolaciones, sino en permanecer siempre atentas, con sencillez y fidelidad, para conocer y seguir la voluntad de Dios.”*

8. b. 3 Sin la oración nada podemos, por ello repetía:

“Si no sois almas de oración, viviréis engañadas en vosotras mismas y sin conocimiento de Dios”.

“Un alma sin oración es un soldado sin armas, una ciudad sin defensa, un navío sin capitán, un piloto sin brújula”.

C) CONFIANZA EN DIOS:

Cualquiera que fuesen los acontecimientos de su vida, siempre se arrojó confiadamente en los brazos del Señor. Algunas veces era tal su abandono en Él, que muchas de las personas de su alrededor, que no salían del terreno puramente humano, la juzgaron imprudente y temeraria.

En los principios de la fundación de Burdeos, hubo una epidemia en toda la ciudad. Varias Religiosas cayeron enfermas. Como era sabido que la M. de Lestonnac poseía un remedio eficaz contra la contagiosa enfermedad, acudieron a ella.

La enfermera tenía en efecto tres cajas de la famosa medicina. Habían venido a pedir una. La Superiora ordenó a la Hermana que fuese a buscar dos y las entregase en el turno. La enfermera, muy preocupada, no pudo por menos de objetar: “En estas circunstancias lo necesitamos todo”. “Ande -replicó la santa -, esté segura que la Providencia de Dios proveerá a nuestras necesidades, a pesar de que usted parece dudarlo”.

La Hermana obedeció y entregó las dos cajas. Un momento después, otras personas vinieron a pedir también el remedio, y la Madre mandó buscar la única caja que quedaba. La enfermera la trajo, demostrando en el gesto su contrariedad. Al notarlo la Superiora la reprendió y la exhortó a poner siempre su confianza en Dios.

Estaba todavía hablando sobre esta virtud, cuando llamaron de nuevo. Venían a traer de parte de su cuñada, la señora de Lestonnac, tres docenas de cajas del precioso remedio. La Hermana Bernarda -así se llamaba la enfermera- se regocijó con el regalo y, al entregárselo, la santa la entretuvo un rato hablándole sobre la divina Providencia.

LO QUE DIJO E HIZO

8. c. 1 Ante las dificultades y la impaciencia aconsejaba a cuantos la rodeaban: *“Las obras de Dios no se hacen sino con tiempo, peso y medida. Tomadlo todo con paciencia y esperad, que Dios remediará vuestras penas cuando os vea rendidas a su voluntad”.*

8. c. 2 Su confianza en Dios perseveraba en todo momento:

“No faltemos a Dios, que Él no nos faltará”.

“Si Dios está con nosotras, nada nos faltará; hemos de desconfiar de nosotras, no de Él

“Todos nuestros trabajos deben esperar así el fruto como el premio de sola la bondad de Dios”.

“No olvidemos los divinos beneficios, y esperemos más de Dios que de nuestra diligencia y cuidado”.

8. c. 3 Y así quería que fuese también en las Hijas de Nuestra Señora: *“Avivad vuestra confianza, que por ventura sólo desea el Señor veros esperar con firmeza para socorremos con liberalidad. Antes que la Providencia de Dios, faltará el cielo y la tierra; seamos nosotras fieles en su servicio, que Él no puede dejar de serlo en sus promesas”.*

8. c. 4 La confianza de Santa Juana se manifestaba en las situaciones concretas, como confesó ella misma tras una un tanto adversa: *“Mi corazón no perdió la paz porque había puesto mi esperanza en Aquel que no confunde a los que confían en Él. Aunque las dificultades hubieran sido cien veces mayores, no me hubieran alterado ni hubiesen conmovido mi confianza en Dios”.*

8. c. 5 Con todo su afecto maternal, instaba a sus hijas: *“Quedaos con Dios, hijas mías, que en Él os dejó todas las cosas. Servidle con fidelidad, que Él es fiel en sus promesas, y no olvidará aquellas que en silencio y con esperanza le invocan, le sirven y le aman. Tened buen ánimo, pues no ha de negar a sus esposas lo que su Providencia concede a las avcillas del campo”.*

D) AMOR A DIOS Y AMOR AL PRÓJIMO.

Amor a Dios:

8. d. 1 El amor a Dios era el motor que movía todos sus actos:

“¿Qué no tenga yo mil vidas y mil almas para ofrecerlas todas en sacrificio de mi amor a Jesús!”.

“Que el amor de Dios abrase vuestros corazones y todas vuestras potencias. No se podrá nunca hacer demasiado para servirle bien.”

“Dios es amor y está en todas partes. ¡Amemos el amor!”

8. d. 2 Y como movía su propia vida, también quería moviese la de todas las almas de la nueva Orden, por ello insistía: *“Amemos con amor a Aquel que nos ha hecho la gracia de llamarnos a su seguimiento. Sus favores y consuelos irán en aumento al paso que trabajemos por crecer en su divino amor”.*

8. d. 3 En su labor educativa este amor era el centro: *“El premio y la recompensa de nuestros trabajos serán más abundantes cuando nosotras nos mostremos más generosas con su Divina Majestad”.*

8. d. 4 Esa caridad para con Dios, *“cuyo amor es infinito en su naturaleza, eterno en su duración y pródigo en sus liberalidades”* **debía caracterizar la vida de las esposas que caminaban por la senda de la perfección:** *“Un alma siempre debe alabar al Señor y derramar su corazón en bendiciones a la Divina Majestad, imitando a los santos”.*

Amor al prójimo:

8. d. 5 Del amor a Dios brota el amor al prójimo: *“No tener caridad con el prójimo es abusar del trato habido con Dios en la oración”.*

8. d. 6 Esta caridad es la que Santa Juan se ocupa de inculcar entre sus hijas en su correspondencia: *“Hijas mías, amaos las unas a las otras. Guardad con todo cuidado este precepto, que arrebató el Corazón del Divino Maestro. No os encargo cosa con tanto encarecimiento como la caridad entre vosotras, la unión y conformidad de voluntades, siendo unas mismas en la exacta observancia de vuestras Reglas y en cualquier otra cosa, para conservar así vuestras almas unidas a Dios, por cuyo amor se os harán fáciles las cosas más difíciles”.*

8. d. 7 De este amor fraterno habla así por lo que respecta a la Superiora: *“El deber de una Religiosa consiste en desear sufrir y verse privada de comodidades; el de la Superiora en proveer a sus súbditas de todo lo necesario, y cuando se ve obligada a probar su virtud lo ha de hacer siempre bajo el influjo de la caridad”.*

8. d. 8 En su apostolado tampoco debían olvidar esta virtud: *“Se ha de hacer a las personas que dependen de nosotros todo el bien posible, pero se les debe inculcar en amor a la mortificación”.*

E) MORTIFICACIÓN.

En muchas ocasiones dio muestras Santa Juana de virtuosa mortificación. Se dice, que tenía un genio vivo y un temperamento ardiente, que llegó a dominar totalmente. Sabía escuchar pacientemente, atendiendo a cuantos se acercaban a ella. Ante las calumnias, envidias y desprecios que sufrió en diversas ocasiones a lo largo de su vida, incluso por parte de alguna de sus religiosas, siempre actuó con mansedumbre. No se notó en su exterior ninguna prueba de resentimiento ni contrariedad, antes bien de lo opuesto a esto.

Es todo ello muestra de una gran mortificación interior, a la que acompañó la exterior, ya desde su juventud, cuando se sentía inclinada a la penitencia. Ésta estuvo presente en toda su vida. Ya vimos como, precisamente, las fuertes penitencias fueron las que le privaron de la salud necesaria para permanecer en el Cister.

LO QUE DIJO E HIZO

8. e. 1 Su espíritu de mortificación se manifiesta especialmente en aquel *“O padecer, o trabajar, o morir, a mayor gloria de Dios”* **que tanto repetía y que hizo vida en la suya propia.**

8. e. 2 Cierta día sus hijas mostraron extrañeza ante tantas penitencias como hacía la Santa a pesar de su débil salud, a lo cual respondió: *“Cuando nos mortifiquemos, no merecerá nombre de penitencia si lo comparamos con los tormentos de los mártires y la Cruz del Redentor”.*

8. e. 3 En una ocasión, ante la falta de aceptación de su labor, aconsejaba a sus religiosas: *“No dejen enfriar su celo por esta contradicción. Dios quiere probar su constancia y les enseña a no contar con medios humanos; cuando trabajamos sólo por los intereses de Dios, el mayor favor que podemos recibir de Él es la gracia de las persecuciones.”.*

8. e. 4 Santa Juana cultivaba no sólo la mortificación exterior, sino también la interior:

“Dios no pide de nosotros la contemplación sublime, sino la mortificación de nuestras pasiones”.

F) OBEDIENCIA.

Santa Juana de Lestonnac, enamorada de Jesucristo, quiso amar y hacer amar en su Orden, una de las virtudes predilectas del Maestro: la obediencia: “El Hijo de Dios aprendió, sufriendo, a obedecer; y fue obediente hasta la muerte, y muerte de cruz”.

Por esto, como discípula fidelísima de S. Ignacio, quiso hacer que la obediencia fuera la virtud característica de su Orden, porque sabía que ésta anima, regula y mantiene las demás virtudes.

Ella también, como Jesús, aprendió, sufriendo a obedecer en tantas ocasiones en que al rendir toda su voluntad y su entendimiento al Señor, bebía con Él el cáliz de dolor.

Y nunca mejor dicho, la Santa Madre fue obediente hasta la muerte, pues el mismo día en que el Señor la esperaba en el Cielo, el Padre Martel, le pidió que esperara a que toda la Comunidad hubiera participado de la Santa Misa y renovado los votos, para poder volver junto a ella y estar con la Madre en la hora de su muerte. Y ella obedeció, resistiendo a la muerte hasta estar con todas sus hijas para las que fue faro en esta virtud.

LO QUE DIJO E HIZO

8. f. 1. La nueva Orden había de destacar e la Obediencia, por ello enseñaba a sus miembros: *“El nombre de Jesús fue premio de la obediencia. Las Hijas de esta Orden debemos entender que el dulce nombre de María no lo merece quien no imita la obediencia del Hijo de tal Madre”.*

“Así como la obediencia quiso San Ignacio que fuera el distintivo de los hijos de la Compañía de Jesús, lo mismo debemos querer nosotras que lo sea de las Hijas de la Compañía de Maria. Por ello, dejad que otras religiones nos excedan en ayunos y otras asperezas; pero no permitáis que nos aventajen en la puntual y rendida obediencia a nuestras Superiores. Siempre se conservará fuerte y vigoroso el espíritu de nuestra santa Orden, si no desfallece en ella esta virtud, que es el ama del Instituto”.

8. f. 2 Sabiendo que *“Dios prefiere la obediencia a las victimas y a los sacrificios” afirmaba: “Si nuestra vida y nuestra muerte llevan el sello de la obediencia, nuestros cortos servicios tendrán el valor de las más gloriosas hazañas”.*

8. f. 3 El fruto de la vida de obediencia será grande: *“Vivamos y muramos por obediencia, que así nuestra vida será santa y nuestra muerte felicísima”.*

G) HUMILDAD.

Ya citamos la devoción que nuestra Santa profesaba a su patrón, S. Juan Evangelista. Sin duda, Santa Juana aprendió de él a descansar en el Corazón manso y humilde del Maestro y así fue configurando su alma según el Divino Modelo.

Sabía que la mansedumbre y la humildad eran las virtudes predilectas del Corazón de Cristo y que Él ardía en deseos de que le imitáramos, como aparece en el Evangelio: “Venid a Mí todos los que estáis cansados y agobiados que Yo os aliviaré. Aprended de Mí que soy manso y humilde de corazón”.

Juana de Lestonnac aprendió en la Escuela del Corazón de Jesús y así, supo transmitir a sus hijas el amor por la vida escondida con Cristo en Dios. Pero Juana no aprendió sola sino que fue guiada por la Señora. Precisamente, en la Escuela de María creció y maduró y fue haciendo vida las palabras de la Virgen en el *Magnificat*: “El Señor derriba del trono a los poderos y enaltece a los humildes”.

Igual que su Divino Modelo, como nos dice S. Pablo, “se despojó de su condición Divina y actuó como un hombre cualquiera”, también la Santa, buscaba siempre los puestos más humildes, los oficios más sencillos, pues sabía que el Señor tenía predilección por los corazones pequeños.

Además no buscaba ser imitada, sino irradiar a los verdaderos modelos de santidad, como sucedió en una ocasión en la que sus hijas, mientras conversaban en el tiempo de recreo comenzaron a alabar las virtudes de la Madre. Ella no las dejó terminar sino que les dijo que no pusieran sus ojos en un modelo tan indigno de imitar, y las exhortó a levantar sus ojos hacia Cristo y María, únicos dignos de ser imitados.

LO QUE DIJO E HIZO

8. g. 1 En los últimos años de su vida escribía a un Padre jesuita: *“Sobre todo, Padre, usted sabe la necesidad que tengo de ejercitar la humildad. Es una virtud que desconocí por completo en el mundo y en los quince años que he sido Superiora tampoco he tenido muchas*

ocasiones de practicarla. Deseo seguir en todo a la Comunidad y como ya me queda poco tiempo de vida, he de prepararme a comparecer ante la presencia de Dios, practicando una virtud que abre el camino del cielo”.

8. g. 2 Pensando en prepararse para el encuentro definitivo con el Esposo, confesaba a sus hijas: *“El Hijo de Dios terminó su vida como la había comenzado, humillándose hasta la muerte de cruz, y yo, que empecé mal, debo procurar terminarla bien. Mi consuelo es haber sido elegida para trabajar para gloria de Dios y experimentar mi incapacidad y mi nada en procurarla”.*

8. g. 3 Así escribía a la M. Superiora de una de las casas de sus Orden: *“Si supiera, querida Hermana, cuánto me ha ido Dios despegando de mí misma, desde que entré a su servicio, y que no deseo los favores y cumplidos de ninguna criatura, no se le ocurriría ofrecerme los suyos. Me basta con la común caridad de las Religiosas. No me falta nunca, aunque no la merezco. No deseo nada más. Recuerde siempre lo que voy a decirle: Sólo hay una cosa que agrada a Dios: el bien de la Comunidad en general y el mérito de cada una en particular, saber hacerlo todo por la gloria y el amor del Criador, sin desviarse hacia la criatura, a la que debemos mirar sólo en cuanto pertenece a Él. De otro modo se trabaja en balde y se hace por amor propio, lo que debemos hacer por pura caridad”.*

8. g. 4 Ante las alabanzas recibidas por parte de una de sus religiosas confesaba: *“Estoy lejos de ver en mí cuanto usted quiere persuadirme que vea. Y si es que ha visto algo bueno, conténtese con agradecer a Dios las gracias de que me hace objeto. Una de las mayores que me ha concedido es saber apreciar y distinguir lo que es mío propio y lo que tengo por sola su misericordia”.*

8. g. 5 En su búsqueda de lo humilde no olvidaba Santa Juan la importancia del vencimiento de sí misma:

“No hay cosa que más me importe que humillarme para vencer mi soberbia”.

“El punto esencial de la perfección consiste en la victoria sobre sí mismo”.

“La mejor de todas las prácticas es vencer el amor propio”.

8. g. 6 La práctica de la humildad también conlleva el escondimiento y la aceptación de la propia pequeñez:

“La humildad es un tesoro; nunca está más seguro que cuanto más escondido esta”.

“A una pobre religiosa cualquier cosa que le den le debe parecer buena, pues se ha obligado a buscar su mayor abnegación para adelantar más y más en el camino de la perfección”.

“No permitáis, Señor, que yo me queje cuando me reprendan sin motivo; con esto perdería el merito de tener parte en vuestra Cruz. Si soy inocente de lo que se me acusa, otras muchas faltas he cometido, y eso me basta para creer que todavía me tratan con demasiada caridad.”

“Ya que no podemos hacer por Dios grandes cosas, debemos aprovechar las ocasiones de humillarnos que nos piden nuestras Reglas”.

8. g. 7 Su responsabilidad como Fundadora la hacía exigirse más, por ello afirmaba”:
Pues tengo el honor de ser la primera en la Orden, debo serlo también en todos los ejercicios de la vida religiosa.”

A. M. D. G. et D. N.